

EZEQUIEL GALLO: HISTORIA, COMPROMISO Y DIVERSIÓN

Eduardo José Míguez¹

Nos acaba de dejar una de las personalidades más ricas del ambiente profesional de la historia en Argentina. Ezequiel era un gran historiador. Poseía, además, una personalidad única que hacía que todos, aún quienes más alejados estaban de sus ideas, lo apreciaran. Un talento excepcional para las relaciones humanas, que se reflejaba en su insuperable comprensión de la lógica de la historia como historia de las mujeres y hombres reales. Esa particular conjunción de profesionalismo y personalidad hizo que se destacara en todos los espacios que llegó a ocupar, que fuera reconocido como un gran historiador y como una gran persona.

La última vez que lo visité, ya con su salud muy deteriorada, hice alguna referencia a nuestro trabajo como historiadores. En un tono que tenía un sutil dejo de advertencia, por si hiciera falta, hizo inmediata referencia al compromiso lúdico de nuestra tarea. Para él, hacer historia era, a la vez, una obligación y un entretenimiento. El deber de transmitir a la sociedad una forma de ver el pasado, rigurosa en su fundamento, humanista y libertaria en su mensaje. Pero esa responsabilidad era a la vez un placer; la historia era una vocación y, por lo tanto, si bien era un trabajo, era también una satisfacción, una forma de gozar de lo que se hace. Esta concepción estaba siempre presente en su labor.

De su paso por la Facultad de Derecho pocos rastros quedaron en su labor profesional. Nada en su obra refleja esa tendencia legalista, formalista, que suele aquejar a la historia hecha por abogados. Y menos aún la tendencia a hacer del historiador un juez. Si con el tiempo el ser humano se convirtió en el centro indudable de su discurso histórico, de dos textos que lo atraían fuertemente, *Lo accidental y lo inevitable en la Historia* (Isaiah Berlin) y *La idea de la historia* (Robin Collingwood), tomaba del primero sobre todo la idea de la libertad de los seres humanos para adoptar sus decisiones, más que la del juicio del historiador; del segundo, la vocación por comprender la lógica de los personajes. Así, mientras en su temprana labor histórica su previsible paso por la historia estructural lo alejó de la que prioriza las formalidades institucionales, su aproximación posterior a la historia política lo interesó sobre todo por los hombres y sus conductas.

Si la Facultad de Derecho no le transmitió una impronta leguleya, tampoco es evidente que su militancia en el Partido Comunista impusiera una matriz marxista a su pensamiento. En cambio, la sensibilidad social, que seguramente explica aquel tempra-

¹ Universidad Nacional del Centro, Argentina.

no compromiso, nunca dejó de estar fuertemente presente en su forma de ver el mundo. Cualquier mirada despectiva o condescendiente sobre las mayorías sociales generaba en Gallo una inmediata reacción de rechazo. La igualdad humana era un principio esencial de su forma de ver el mundo; y todo su trabajo se nutrió de esta visión.

Sin duda, los referentes iniciales en su formación profesional fueron Gino Germani y José Luís Romero. Si bien muy temprano se alejó del "Partido", descorazonado por la disciplina interna, recordaba que, en los años posteriores, el grupo de jóvenes al que pertenecía buscaba tomar distancia del funcionalismo germaniano. Ello no impidió, sin embargo, que la matriz analítica de rigor cuantitativo y analítico que derivara de su aprendizaje con el sociólogo italiano dominara su obra temprana. Romero fue, sin duda, su vínculo inicial con *Annales*; y si las tendencias abstractas y conceptualizantes propias de la historiografía francesa nunca lo sedujeron, esa particular conjunción de análisis social y explicación histórica que destaca en algunas de las más brillantes figuras de esa corriente (desde luego, en especial en Marc Bloch) es un poderoso nudo metodológico de la obra más clásica de Ezequiel, *La pampa gringa*.

Aquel libro tuvo raíces más variadas. Una década antes de concluirlo, Ezequiel inició su carrera de historiador con dos artículos destinados a ser integrantes destacados de un conjunto de trabajos que marcó una época. Ambos publicados a comienzos de los años 1960 en la revista que señalaría el inicio de las ciencias sociales modernas en la Argentina, *Desarrollo Económico*, ambos escritos, fieles a su época, en un contexto interdisciplinario ("La Generación del ochenta y su proyecto...", con el economista Arturo O'Connell y el matemático-sociólogo Oscar Cornblit y "La formación de los partidos políticos contemporáneos: la U.C.R. (1890-1916)" con la socióloga-politóloga, Silvia Sigal), ambos reunidos más tarde en un libro emblema de la renovación de las ciencias sociales de los años 1960, *Argentina, sociedad de masas*, título de indudable impronta germaniana. Los trabajos de la primera sección de aquella obra típicamente exploraban la historia en conjunción con otras disciplinas sociales.

Unos años después, la publicación con Roberto Cortés Conde de *La formación de la argentina moderna* mostraría otra faceta de la formación de su historiografía, su vínculo a la historia económica. No trazaré aquí la continuidad de la trayectoria historiográfica de Ezequiel Gallo, tarea que ya ha sido realizada de manera acabada por Fernando Rocchi, en ocasión de una reunión de homenaje que anunciaba la despedida de Ezequiel de la parte más activa de su carrera (publicada en *Revista de Instituciones, Ideas y Mercados*, nº 46, 2007). Usando una metáfora militar que no lo hubiera complacido, diría que pasó a la reserva activa, ya que nunca dejó de ser un historiador. Cuando conversaba con él, poco antes de su muerte, me contaba los proyectos que tenía en mente; y aunque ya no fueran factibles, seguían siendo la sustancia de su vida. Me importa, en cambio, rastrear la conformación sucesiva de la matriz analítica con que pensaba el mundo. En aquella reseña de su obra, Rocchi enfatiza la influencia de la *New Economic History* en la labor de aquellos años. Es un punto del que me permito tomar cierta distancia de su excelente análisis.

La idea de una historia que abarcara las diversas dimensiones de lo social –clásicamente, economía, sociedad, política– estaba presente tanto en el marxismo como en la Escuela de los Anales y en esa otra tradición que por entonces también influyó en la obra de Ezequiel y que, si bien está emparentada a las otras dos, abreva en una estirpe diferente, que sería crucial en su historiografía. Me refiero, desde luego, al llamado marxismo británico, que –vale destacarlo– tiene tanto de británico como de marxista. Vale recordar que, por aquellos años, Eric Hobsbawm hizo su primera visita a la Argentina invitado por círculos en los que participaba Gallo. Poco más tarde, al llegar a Inglaterra, tuvo un efímero contacto con el grupo de History Workshop. De él le interesó esa historia concreta y humanizada, con reuniones en viejos *pubs* obreros, pero no fue una vertiente historiográfica que lo tentara.

En cambio, como se ve en las notas al pie de *La formación...*, probablemente la influencia más significativa en aquella obra fue la economía del desarrollo; y dentro de ella, seguramente más Nurske que Rostow. En todo caso, ese notorio libro de 1968 marcaba un punto central de la labor de esos años, que encontraría en *La pampa gringa* su forma culminante; la idea de barrer una historia que abordara aquellas clásicas tres dimensiones del quehacer humano.

Los cambios en la vida personal de Ezequiel enriquecerían esta perspectiva. La crisis política y universitaria de la Argentina de 1966 lo alejaría –para siempre, al menos como centro de su inserción laboral– de la universidad pública de su país y promovería su viaje a Inglaterra, donde completaría su tesis doctoral. Allí fue fundamental su vínculo con su director, el australiano Max Hatwell. Éste era cultor de lo que él gustaba llamar –y Ezequiel gustaba recordar– la “*good old economic history*”; vale decir, una historia económica que practicara la cuantificación y tuviera en cuenta la teoría económica, sin necesidad de abstractos modelos matemáticos o estadísticos. En esta perspectiva, en confluencia con la tradición de la historiografía británica con la que Gallo rápidamente se sentiría identificado, el relato económico no exigía modelos complejos.

Así, en el *annus mirabilis* de 1970 Gallo completó la que sería, como ya dijimos, su obra arquetípica, *La pampa gringa*; presentada entonces como tesis de doctorado en Oxford y publicada en castellano, con pocos cambios (que no los necesitaba), quince años más tarde. Ese mismo año, publicó un artículo que contribuyó a marcar un vuelco decisivo en la historiografía económica argentina, “Agrarian Expansion and Industrial Development in Argentina (1880-1930)”, traducido al castellano, en este mismo medio, recién en 1998. Para Gallo, la teoría económica, al menos la que era necesario aplicar al análisis histórico, era un conjunto de proposiciones básicas de sentido común, y ellas permitían entender el extraordinario crecimiento y el notable desarrollo de la Argentina de la Gran Expansión. Si en “Agrarian Expansion...” se valió de la llamada Staple Theory, que hacía furor en aquellos años, fue especialmente porque era funcional a su argumento, más que por el valor de la teoría en sí, y en el mismo texto mostraba cierto escepticismo por las teorías. Él mismo relataba que, en realidad, aquel texto se inspiró en la sugerencia –que, según Ezequiel, una vez enunciada parecía obvia– que le hiciera

Hartwell sobre que el crecimiento industrial debía estar asociado, más que ser contradictorio, con la expansión agraria, tal como había ocurrido en Australia.

La pampa gringa, además de ser una historia integral de la colonización agrícola en Santa Fe, un proceso poco considerado hasta entonces, mostraba que los rasgos de la expansión económica de la Argentina se basaban en la lógica de los actores, que incluían un espectro social amplio, desde los grandes terratenientes hasta los colonos inmigrantes, pasando por los comerciantes y los políticos. Así, ya en esta historia que abarcaba la economía y la sociedad, y se extendía hasta la política, el protagonismo de los hombres fue cobrando centralidad. Por otro lado, como traté de argumentar en el primer número de este *Anuario IEHS*, hace ya un tercio de siglo, aquellos trabajos fueron cruciales en el giro decisivo de la historiografía agraria (agregaría ahora, en general, de la historiografía económica) de nuestro país.

En los años posteriores, tan malos para América Latina como desbordantes de interés por la región en el resto del mundo, Gallo permanecería en Inglaterra, en la Universidad de Essex. Posiblemente allí se cruzó en forma definitiva con un conjunto de ideas que marcarían su pensamiento posterior. Los integrantes del departamento de historia de Essex decidieron estudiar algunos clásicos del pensamiento liberal, y en la distribución de nombres, Ezequiel terminó unido a la figura de Adam Ferguson. Es posible que el escocés fuera la puerta al pensamiento liberal que lo fascinó, o quizás hubiera abrevado en él ya antes, en un camino que recorrería junto a quien él llamaba 'su media naranja', Francis Korn. Lo cierto es que la libertad, sobre todo la libertad política, se convirtió en el principio central de su visión de la sociedad. Es admirable la forma en que armonizaba esta convicción con la interacción con las personas, sin duda traduciendo así su vocación libertaria.

Por esos años, abierto el cargo de profesor de historia de América Latina en Oxford por el pasaje de su amigo Raymond Carr al decanato de St. Antony's College, y más tarde por la renuncia de Tulio Halperín, al poco tiempo de asumir, buscó volver a la casa en la que había desarrollado su tesis. Tentados seguramente por una opción que, por local, prometía ser más duradera, el cargo fue para otro notable historiador británico, y es posible que el frustrado intento haya jugado un papel en la decisión de Gallo de volver al país. Conociéndolo, ese regreso era solo cuestión de tiempo (lo que quizás justifica la opción de la Universidad). La identidad porteña calaba profundo en su ánimo. Hinchaba de River, pasión que transmitió, junto con la profesión de historiador, a su hijo Klaus. Amante de los caballos de carrera, no sólo frecuentaba el hipódromo, hacía modestos esfuerzos, acompañando a Francis, para criar sus propios 'pingos'. Detentaba un porteñismo esencial y, por lo mismo, una apertura al mundo, ya que la personalidad de la ciudad puerto transfigurada por la inmigración no podría ser de otra manera. Por lo demás, su fuerte afinidad con su ascendencia tucumana –donde se había radicado su hermano– hacía que su identidad local estuviera lejos de dar la espalda al interior del país, como muestra su apasionado interés por la historia de Santa Fe. A mediados de los años 1970, Ezequiel regresaría a Buenos Aires para ya no abandonarla como re-

sidencia permanente, más allá de que sus frecuentes viajes académicos lo llevaran por todo el mundo. En esos años, su marco institucional básico fue primero el Instituto y luego la Universidad Di Tella. Junto a ellos, sin embargo, extendió su docencia en muchas instituciones argentinas y extranjeras, públicas y privadas. Entre ellas, nos visitó en varias ocasiones como docente, jurado de tesis o conferencista en la Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires, y como siempre y en todas partes, nos dejó, junto a su saber histórico, el más cálido de los recuerdos.

Entre tanto, en su creación histórica, el peso de la idea de libertad lo llevó a enfatizar el protagonismo individual. La conciencia sobre lo limitado del conocimiento humano y, por lo tanto, de las impredecibles consecuencias de la acción, promovieron su interés por el protagonismo de las personas. Esta secuencia lo llevaría a interesarse por la política y sus actores y, lógicamente, lo conduciría a la biografía. Al cerrar su vida estaba convencido de que la biografía era la forma más rica de aproximarse al pasado.

Antes, sin embargo, desarrolló una fecunda labor en una historia política más amplia. Su primera incursión en la temática, previa a este giro, en un estilo que combinaba el análisis general con uno más narrativo, integró un libro múltiples veces editado que se transformaría por años en la base de estudio para la mayoría de los que se aproximaban a la historia argentina del período 1875-1890. El texto, publicado por primera vez a comienzos de los años 1970, formó parte del tomo titulado *La república conservadora* de la colección Historia Argentina dirigida por Tulio Halperín y publicada originalmente por Paidós, tomo que incluía además un análisis del período posterior (1890-1916) por Roberto Cortés Conde. Pero es probable que fuera en su aporte a la *Historia de Cambridge de América Latina* donde sintetizara, de manera más acabada, una visión notable de las formas de la política de aquella época, sobre las volvería años más tarde en la *Nueva Historia de la Nación Argentina*, que publicara la Academia Nacional de la Historia. En una vertiente más fáctica, que lo aproximaba al protagonismo humano, su análisis de los cinco difíciles años posteriores a la revolución de 1890, publicado en la notable compilación titulada *Argentina, del Ochenta al Centenario*, que hiciera con Gustavo Ferrari como celebración del centenario de 1880 (esa fecha referencial de la historia nacional que había abordado y contribuido a destacar en uno de sus tempranos artículos), se ha constituido en la cita obligada sobre ese período.

Su preocupación por los hombres y por las ideas de libertad derivó lógicamente en el seguimiento del pensamiento liberal en la Argentina, y en esa línea desarrollo varios textos, entre los que se destaca *De la república posible a la república verdadera (1880-1910)* en colaboración con Natalio Botana. Pero seguramente lo más característico de su trabajo más reciente fueron biografías. En la colección Los Hombres del Poder abordó la figura de Carlos Pellegrini, con quien lo unían muchas cosas: su amor por el *turf*, su jovialidad vital, su progresismo conservador, afinidades que le permitieron revivir al personaje con notable fuerza. Es asimismo destacable su aproximación a Leandro Alem, con quien era mucho más lo que los separaba que lo que los unía; pese a ello, una notable empatía le permitió dar una semblanza igualmente poderosa del funda-

dor de la UCR. En los últimos años, encontró una forma de superar las dificultades que le causaban sus severos problemas de vista. Publicó sus últimos trabajos asociado a investigadores jóvenes, que con él se formaban, lo ayudaban en su trabajo y recibían, a cambio, el espaldarazo de su asociación con el maestro. Ezequiel estaba muy contento con esta forma en que había logrado seguir trabajando y continuar formando noveles historiadores.

En modernos términos bibliométricos, la obra de Gallo no es particularmente extensa. Más que mucho, Ezequiel escribió suficiente, lo exacto, lo justo, para que todo lo que escribiera fuera un aporte importante en el tema en que incursionaba. No escribió cosas que no lo motivaran, que no viera significativas. Los temas que abordaba, como diría él, eran temas que lo divertían, porque los veía como reveladores e importantes y como desafíos intelectuales. Por eso, la historia, y en especial la historia argentina, era una consecuencia lógica de su compromiso social y, a su vez, una forma de vivir la vida con el entusiasmo que siempre lo caracterizó. Su labor abarcó todos los aspectos de nuestro pasado: economía, sociedad, política, ideas; y abrió caminos en una nueva forma de pensar la trayectoria de nuestro país.

Pero si Ezequiel se destacó como pocos por su vigor intelectual, sin duda sus cualidades arquetípicas fueron su calidad y calidez humana. La conjunción de estos rasgos lo hacían referente obligado de todos los espacios en los que se desempeñaba. Ezequiel despertaba siempre sentimientos de respeto y aprecio por su trato gentil y equilibrado, su capacidad para expresar siempre sus ideas, incluso sus reconvenciones, de la manera más calma y amable. Ni siquiera en sus momentos de enojo dejaba de traslucir esa mesura y afabilidad, que le ganaban el aprecio de todos quienes lo trataban.

Me disculpará el lector por cerrar estas líneas con una breve referencia personal. Conocí a Ezequiel hace más de cuarenta años, cuando la Universidad de Oxford le encargó que efectuara mi entrevista de admisión en Buenos Aires. Gracias a su cordialidad, a los pocos minutos esa tensa situación para mí fue trocando en un amable diálogo. Cuando unos meses más tarde arribó a aquella universidad como profesor invitado, se transformó en una guía profesional y en un ejemplo de trato humano. Desde entonces, en cada etapa de mi carrera, Ezequiel fue un referente, un consejero, un sostén que abrió muchas puertas. Pero sobre todo fue un amigo, que me citaba a tomar un café en La Biela, y más tarde en El Patio, y las largas charlas en que recorríamos el pasado y el presente fueron siempre un bálsamo para el espíritu. Como diría él, 'Chau, viejo', hasta siempre.